JUEGO EN EL CASINO

Por MANUEL ALONSO ALCALDE

HABIA permanecido dos meses fuera y, la verdad, a nadie le hizo gracia que volviese; por eso cuando apareció en la sala de juego, hubo un segundo de vacilación antes de que Martín, que fué el primero, se levantase muy correcto a tenderle la mano para darle la bienvenida. Se llamaba Ginesta, pero en el Casino le llamaban «el muerto». De esas cosas que ocurren. Muchos decían de él que era gafe y algunos lo tomaban a broma, pero, por si lo era, nadie le quería de mirón a su espalda. Bueno, menos Martín, el de Urbanas, que jugaba por compromiso, y era casi un muchacho, y extremadamente correcto, y, además, funcionario de Hacienda como el otro. Y Ginesta se lo agradecía, no porque le preocupase lo del mote, que bastante tenía él con lo suyo, sino porque le divertía seguir de cerca el juego. A Martín, el de Urbanas, le distraían poco los naipes, pero se resignaba, puesto que la habitación del hotel a las dos y media de la madrugada era todavía peor. Sólo que como nunca se situaba en ambiente, se le iba la imaginación enseguida y se ponía a pensar en Cristina, y cuando le llegaba la mano y tenía que descubrir las cartas, habían de advertirle:

—Venga, cante ya la jugada, no se la coma.

Y él la cantaba, pero en cuanto soltaba los naipes volvía de nuevo a sus meditaciones porque le gustaba pensar en Cristina. Otras veces, se entretenía sacando parecidos a las manchas del tapete, ya que ocurría que, como la mesa grande donde se tiraba al bacarrat solía utilizarse también para los banquetes que se daban en el casino, echándola un mantel por encima, el paño tenía costra y, además, muchas manchas. En fin, que antes de que Ginesta se ausentase, a Martín le traía sin cuidado que el otro se pusiera a su espalda o no, y ahora que había vuelto, pues lo mismo.

Pero resultó que Ginesta volvía desconocido: no físicamente, sino por lo que hizo. Porque no arrimó su silla detrás de Martín, el de Urbanas, como tenía antaño por costumbre, sino que pasó de largo, fué a la Caja, cambió dinero en fichas y se sentó a la mesa. Y, claro, todos los que había en torno a ella, el banquero inclusive, cambiaron entre sí sus miradas, ya que desde el año 40, en que llegó destinado a la población, a Ginesta no se le había visto un detalle en este aspecto. «El muerto» no jugaba. Esto era tan sabido como que el Casino habría ganado mucho si hubiera podido despacharle. Ginesta no dejaba de darse cuenta de la perplejidad que había despertado a su alrededor, pero esto no le hacía encontrarse desplazado e incómodo; estaba acostumbrado a aquella especie de hostilidad, contra la que se defendía sonriendo; una continua sonrisa, aparentemente sin motivo, en la que, desde luego, no había ninguna clase de amargura. Tenía los dientes amarillos y un costurón morado en el párpado, y, era viudo y sin hijos, y trasnochaba mucho, pero no sentía amargura; y eso que guardaba para él solo su gran secreto. Completamente para sí mismo, sin confiarlo a nadie. El secreto de sus premoniciones, como él lo llamaba, que en realidad fué el origen de todo, incluso de su fama de «jettatore». Porque en el año 40, de recién llegado, Ginesta era uno más entre los socios, otro como cualquiera; aunque, naturalmente, entonces no conocía acerca de sí mismo ni la mitad de lo que supo luego. Que la cosa empezó una tarde, en la tertulia del salón de abajo. Uno dijo, por alguien que pasaba en aquel momento por la calle:

—Mira Salustio, el del Banco.

Y él:

—Pues ya verás el golpe que va a dar.

Y al día siguiente Salustio se fugó con veinte mil duros. Y eso que era un hombre perfecto, de los que llaman íntegros, sin vicios, sin historia. Y con veinticuatro años de cajero en la hoja. Y resultaba que Ginesta había hablado sin pensar, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Como otra vez que se le ocurrió decir:

—Ahí va el librero con su chica. Tan tranquilos, del brazo, y no sabe que se le está quemando la tienda.

Y todos lo tomaron a broma hasta que empezaron a pasar los bomberos. Con estas cosas, Ginesta empezó a coger miedo, y se hizo reservado y un poco receloso de sí mismo, y dejó esos alardes. Hasta un día en que su mujer se puso enferma, y él se dedicó a emborracharse y la gente a afeárselo, porque según comentaban, había esperado a que su mujer se pusiera a la muerte para empezar a «hacer el prenda» a sus años. No sabían que lo que él no quería era pensar en ella, que intentaba olvidarla, no presentir su muerte, porque el pensamiento de acertarle aterraba. Por eso, cuando murió la mujer, volvió a ser el de siempre y a sonreír a todo, con algo de tristeza, pero sin ninguna amargura. Y no jugaba. Le llamaban «el muerto», y lo que sucedía era que no quería hacerse el vivo, como él decía. Por fin, un día se cansó, se fué con su historia a un médico, ingresó en un Sanatorio de enfermos mentales, y al cabo de dos meses el doctor fué y le dijo:

—Vaya tranquilo. Su enfermedad no llega al entresuelo. Y esta casa es para los del ático.

Y le puso en la calle.

Y Ginesta volvió a la ciudad y luego al Casino y pidió fichas y se sentó a la mesa, no detrás de Martín, el de Urbanas, sino a la misma mesa. Y los socios se miraron con extrañeza. Luego el banquero anunció:

—Van trece billetes.

Y un pájaro de los de a pie dijo: «Banco» y a Ginesta se le mudó el color, porque empezó a pensar, aunque hacía esfuerzos para evitarlo: «Ahora pierde la banca», y, en efecto, el banquero dió naipes y se echó bacarrat y los paños le abatieron con nueve. Y Ginesta, contra su voluntad, siguió pensando: «Ahora repone y vuelve a perder». Y el banquero pidió m fichas y gritó:

—¡Va repuesta!

Y en dos pases lo dejaron limpio. Entonces Ginesta se levantó y se fué. Con el corazón realmente encogido. Los puntos le vieron marchar sin disimular su satisfacción, y siguió el juego, y uno comentó con Martín:

—¿No lo dije? Que no se atreve, el hombre.

Y Martín asintió distraidamente con un gesto y se puso a pensar en Cristina.

El deporte vallisoletano en 1962

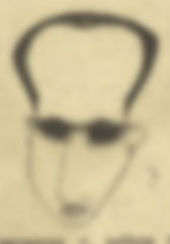
¿Cómo será 1963?

DON JOSE LUIS PARRA

Redactor de «Libertad»

DON MIGUEL JORGE MOLERO

Juez del S. E. E.



DON JAVIER MUTAMANTE

DON MARTIN GIL DIEZ

Candidato parlamentario de la Capital

DON FORTUNATO CRESPO CHUN

Presidente del Colegio de Abogados

Don JOSE MARIA VILLACIAN

Director propietario

METODO DEL CULTIVO HIDROPONICO

MIGUEL ANGEL PAYUS

ANTONINO DE ANDRES
FUEL 1 VENTAGAS
CALEFACCION CENTRAL
Claudio Moyano, 6 - 1.º

ANIS LAS CADENAS
De finísimo paladar